

Presentación de *Lerroux. La República liberal* Madrid, 19.03.19

Nos acercamos hoy a una de las figuras políticas más sugestivas y, seguramente, más controvertidas que ha dado la historia política moderna de España. Y qué mejor manera que recorrer en algunas pinceladas el Alejandro Lerroux que la biografía de Roberto Villa García nos propone. Para ello, quiero recoger algunas ideas que creo tienen validez también para los tiempos políticos actuales.

La imagen tradicional de Lerroux que muchos conservamos de los manuales de Historia nos mostraba a un líder político y a un Partido Radical vinculados a campañas demagógicas contra la Monarquía, contra la patronal y contra la Iglesia católica. Una imagen que se empeñaba en señalarnos la baja calidad moral de los dirigentes políticos radicales, asociados a escándalos como el del Estraperlo o el asunto Nombela.

Sin embargo, aquellos manuales poco nos explicaban de la evolución de Lerroux desde la izquierda republicana hacia un liberalismo moderado posibilista y de sus esfuerzos por construir una República constitucional inclusiva y moderna. Quiero pues, en breves palabras, recordar algunos de estos importantes logros del Lerroux político, que son precisamente la materia prima que alumbró esta magnífica biografía.

En primer lugar, tras la lectura del libro, tengo que expresar mi convicción de que Alejandro Lerroux fue un político en toda la extensión y la profundidad del término. Sería lo que hoy llamaríamos un dinamizador social, una figura capaz de fundar una de las primeras organizaciones modernas de masas, el Partido Radical, y de obtener la victoria electoral en la agitada Barcelona de principios del siglo XX. Lerroux conformó un partido de carácter interclasista que supo concitar amplios apoyos tanto entre los sectores obreros como entre la clase media republicana. Siendo el Partido Radical, el único gran partido de la época capaz de competir con los socialistas por liderar el Gobierno en la Segunda República.

Un segundo logro de Lerroux fue el de saber conducir al Partido Radical, a partir de 1910, hacia un republicanismo posibilista, progresivamente más liberal y moderado, que incluso pudo haber formado parte de la izquierda de la Monarquía de Alfonso XIII si no se hubiera producido el advenimiento de la Dictadura de Primo de Rivera.

En tercer lugar, fue éxito suyo mantener la templanza de su proyecto político tras la proclamación de la Segunda República, centrar el Partido Radical, y ampliar sus apoyos entre la base de los monárquicos constitucionales, al tiempo que recuperaba las esencias liberales y parlamentarias suprimidas con la Dictadura de Primo de Rivera en 1923.

Además, otra de las evoluciones que a Lerroux le deparó su larga experiencia política fue el atemperamiento de su anticlericalismo demagógico. Así, la activa laicización de la sociedad predicada en su juventud acabó convirtiéndose en una mera tolerancia de cultos. Por el camino, el Partido Radical abandonó cuestiones capitales para el republicanismo como la abolición de las órdenes monásticas o del presupuesto de culto y clero, limitándose a postular el divorcio y la no impartición de catequesis en las escuelas.

Su evolución fue tal que, ya en la Segunda República, Lerroux postuló una Iglesia libre en un Estado libre, con primacía de la libertad de cultos. De hecho, esta tolerancia, y la defensa de una economía de mercado y un derecho de propiedad compatibles con un Estado más intervencionista en materia social, fue lo que permitió la convergencia entre el Partido Radical y la derecha católica de la CEDA en 1933.

Y quiero señalar también los valores que adornaron al Lerroux político: su altura de miras, su generosidad y su espíritu de concordia. Virtudes que le colocaron en un plano bastante superior al de otros políticos de su tiempo en los años treinta. Lerroux quiso pactar y acordar en pos del interés general. Estos valores nos recuerdan, salvando las distancias, a los que hicieron posible el pacto y el consenso que dio lugar a la Transición democrática española y a la Constitución de 1978. Unos valores que, paradójicamente, en los años treinta no tenían apenas predicamento y que muchos identificaron con un liberalismo caduco en una época que se inclinaba hacia el socialismo o hacia el nacionalismo como horizontes del futuro. Sin embargo, los dramáticos resultados de los experimentos del hombre nuevo comunista y nacionalsocialista son bien conocidos por todos.

Y finalmente, debo subrayar que, más allá de la evolución desde ese joven Lerroux republicano al más veterano Lerroux liberal, una de las constantes durante su vida fue su oposición al catalanismo y a todo nacionalismo separatista. Hijo de militar, Lerroux fue un patriota español reacio a todo particularismo y muy consciente del daño que el cantonalismo de 1873 había hecho al movimiento republicano. Su oposición al nacionalismo se prolongó desde su explícita oposición a la Solidaridad Catalana en 1907 a la proclamación del ‘Estat catalá’ en 1934.

Esta última se desarrolló dentro de una insurrección más general que el propio Lerroux combatió sin complejos como Presidente del Gobierno. Eso sí, debemos recordar que su rechazo al separatismo siempre fue compatible con su aprecio por la autonomía regional. Y esto último le permitió incluso acercarse durante la Segunda República a quien había sido su adversario de la Restauración, Francisco Cambó.

Con sus aciertos y sus errores, Alejandro Lerroux supo evolucionar desde la visión radical de izquierda republicana en su juventud hasta un liberalismo moderado y democrático en su madurez política. Como se puede leer en la propia biografía, “Su apuesta sincera por una República liberal y moderada le permitió defenderla con eficacia en una coyuntura tan crítica como la de octubre de 1934, cuando se enfrentó a la insurrección más violenta en sesenta años, sin que por ello el Estado de Derecho pagara el precio”.

En esta colección de biografías políticas hemos dedicado un interés especial a los políticos de la Segunda República. Este es un periodo esencial de nuestra historia del que tenemos que seguir aprendiendo. Pero aprender en lo que tuvo de carencia cívica, de deficiencia democrática, de expectativa fallida. En lo que tuvo de exclusión sectaria.

La voz del exilio, la lucidez de los que fueron y se sintieron derrotados quiso dejar una lección de unidad que hoy no parece escucharse. No sólo es el “paz, piedad y perdón” que Azaña pedía que escucháramos cuando a los españoles les volviera a hervir la sangre.

Es la mirada dolorida de quienes fueron a la confrontación civil esperando algo distinto de lo que realmente fue: la gran tragedia colectiva de la que nos rescató la Transición, la política de reconciliación asumida a derecha e izquierda, el pacto constitucional que representa nuestra mejor historia.

Hoy es lamentable que tengamos que preguntarnos por el sentido de este gran esfuerzo de unidad y superación del pasado. Que nos tengamos que preguntar si la voz del exilio llama a la reconciliación, como yo creo que es el caso, o si llama a la continuidad de la división y el enfrentamiento. No tengo duda de la respuesta que daría a esta pregunta quien se dolió de la existencia de dos Españas que helaban el corazón.

Por eso, existe un compromiso con la continuidad de la España democrática que no podemos relajar, ni debemos esquivar. Es el compromiso con la democracia, con la libertad, con la nación de españoles libres e iguales que hace ya cuarenta años manifestaron por todos los medios posibles su voluntad de iniciar un nuevo capítulo en su historia, libre de las ataduras sectarias del pasado.

Desgraciadamente sabemos también que hay quienes no quieren superar el pasado, un pasado como el que vivió Llerroux, sino que quieren recrearlo. Que buscan ganar, ochenta años después, guerras que los españoles ya no libran. Que buscan tachar a los españoles con estigmas que ya no reconocen. Que quieren que España se mantenga atrapada en el relato de resentimiento, de división y de descrédito que han fabricado.

No he perdido la oportunidad de expresar mi confianza en la unidad de España, en la solidez de su realidad histórica, en la densidad de una cultura compartida que nos identifica. Estamos vinculados a un pasado y comprometidos con un futuro que será de todos. Pero, sobre ese futuro sigue planeando el intento de ruptura, la apuesta por el golpe de Estado, la búsqueda de revivir lo peor. Y hoy ese futuro en buena medida se juega en Cataluña.

No termino de entender cómo es posible que en Cataluña el mismo fracaso se repita una y otra vez. Un fracaso que no solo es político sino social e histórico. No termino de entender cómo la derrota se quiere presentar como un triunfo y la deslealtad como una virtud política.

Y como los errores se repiten, permítanme recordar que la campaña de los indultos ya se hizo en 1934 con los antecesores de quienes hoy se sientan en el banquillo del Tribunal Supremo.

Y como también los errores se repiten, los demás no podemos cometer el error de confiar nuestro futuro a la conjunción de la izquierda y los nacionalistas que nos ha traído a esta situación.

No es fácil entender cómo políticos que llevan a la sociedad a un callejón sin salida, pueden ser considerados como líderes, ni cómo se proponen diálogos con los que carecen de la mínima buena fe, y de la disposición, no ya para un diálogo, sino para una simple conversación.

Yo solamente diré que llegados a este punto, es preciso que el Estado ponga fin a este desafío continuo a la nación democrática. Es preciso que la ley reclame su lugar en una sociedad civilizada. Es imprescindible que el poder público sirva con objetividad a los intereses generales en vez de ser instrumento de estrategias sectarias. A mi juicio, esta es la responsabilidad más grave que va a recaer sobre cualquier futuro gobierno y será, al mismo tiempo, la medida por la que le exijamos cuentas de su labor. De cualquier signo, de cualquier composición.

Los españoles tenemos ante nosotros decisiones que no son menos cruciales que las que tuvieron que tomar los que nos precedieron. Cada generación tiene que enfrentarse a sus propios desafíos. Y los nuestros están claros. Por eso queremos recordar la historia; la más reciente y positiva pero también la menos reciente y dramática, para que siguiendo la voz del exilio, recordemos que somos españoles para los que ni el mañana –ni el ayer- está escrito.